

lonias, dirigidas cada una por dos ó tres jesuitas. Además, habia varios colegios ó seminarios. El padre Ignacio Acevedo, descendiente de una ilustre familia de Portugal, habiéndose enterado del estado de aquellas misiones como visitador, resolvió consagrar lo restante de su vida á la propagacion de la fé en tan remotos países, y se asoció con treinta y nueve compañeros animados de igual celo. Embarcáronse en 1570 en un buque mercante; mas encontrándolos cerca de las islas Canarias el famoso pirata calvinista Santiago Sourie, se apoderó de la nave. Dejó la vida á los soldados y marineros; pero instigado del odio fanático que mostraban en todas partes los sectarios contra los clérigos y religiosos, mandó degollar á los jesuitas, ejerciendo bárbaras atrocidades con ellos. Todos sufrieron el martirio con tanto gozo como denuedo (1).

Pío V estaba tomando nuevas medidas para abatir la pujanza de los turcos y aprovechar la victoria de Lepanto, cuando le sorprendió la muerte en 1.º de Mayo de 1572. Llegada esta nueva á oídos de Selim II, que le miraba como su mas formidable enemigo, mandó celebrar festejos públicos en Constantinopla por espacio de tres dias. Aquel Pontífice, que por sus virtudes ha merecido ser puesto en los altares, fué no obstante poco sentido del pueblo romano á causa de su severidad contra los abusos. Protegió á los sábios y todavía mas á los varones virtuosos, y solamente promovió á las dignidades sujetos distinguidos por su mérito. Citanse efectos asombrosos de su caridad: á mas de los enormes gastos hechos en defensa de la fé, dió sumas de cuantía á los caballeros de Malta, veinte mil escudos de oro al hospital de *Sancti Spiritus*, seis mil al seminario de los clérigos, y cinco mil á la cofradia de la Anunciada; aumentó las rentas de la casa fundada en tiempo de Paulo III para los neófitos; hizo construir un colegio en Pavia y un convento de domínicos en Bosco en el Milanésado; y dejó muchas fundaciones para dotar doncellas pobres. Proveia á las necesidades de los obispos expulsos de sus sillas, y repartia diariamente gruesas limosnas; lo cual no le quitó dejar mas de un millon de escudos de oro con destino á la guerra contra los turcos. Visitaba á menudo los hospitales, asistia él mismo á los enfermos y los consolaba. Unos meses antes de morir, confirmó y erigió en orden religioso la congregacion de los hermanos hospitalarios instituida por San Juan de Dios, dándoles la regla de San Agustín, y añadiendo á los votos ordinarios el cuarto de consagrarse al servicio de los enfermos. Sucedió á Pío V el cardenal Hugo Buoncompagni, natural de Bolonia, que fué elegido el 13 de Mayo y tomó el nombre de Gregorio XIII. San Francisco de Borja, tercer general de la

(1) La causa de beatificación de estos ilustres mártires, cuyas almas vió subir Santa Teresa al cielo, se halla muy adelantada y próxima á despacharse en la congregacion de Ritos.—E. M.

... de Gregorio XIII. San Francisco de Borja, tercer general de la



... de Gregorio XIII. San Francisco de Borja, tercer general de la

(1) La causa de beatificación de estos ilustres mártires, cuyas almas vió subir Santa Teresa al cielo, se halla muy adelantada y próxima á despacharse en la congregacion de Ritos.—E. M.

Compañía de Jesús, y antes duque de Gandía, murió unos cinco meses después á los sesenta y dos años de edad, extenuado de trabajos y austeridades. Gobernó la orden siete años, y dió la última mano á los estatutos formados por San Ignacio, así para la observancia regular, como para la disciplina escolástica.

En el mes de Agosto de este mismo año 1572, ocurrió la matanza del día de San Bartolomé, que ha servido de pretexto para declarar tanto contra la religion. Los filósofos del último siglo, con especialidad, no vieron en ese aciago acontecimiento mas que un efecto de la intolerancia y del fanatismo, y para hacer odiosa la religion, la pintaron aguzando los puñales y exageraron el número de las víctimas. Lejos estamos nosotros de querer disminuir el horror que debe causar tan execrable matanza; mas conviene advertir, que fué una consecuencia del encono producido por las guerras civiles, y que la religion no tuvo absolutamente ninguna parte. Mas de doce años hacia que los calvinistas se habian empeñado en provocar la indignacion pública: sus sediciones y revueltas continuas, habian expuesto la Francia á todos los desórdenes, y todavía la tenian en un estado de turbacion y desasosiego: habian llamado tropas extranjeras y entregado la Havra y otros ciudades de Normandía á los ingleses; habian insultado y ultrajado de infinitas maneras la religion de la mayoría, saqueado y talado las provincias y cometido espantosos desmanes, llevándolo todo á sangre y fuego. Se ve por un discurso del cardenal de Lorena en el concilio de Trento, que en el espacio de tres ó cuatro meses, habian asesinado los sectarios cerca de tres mil religiosos; y el historiador Thon, nada sospechoso, cuenta, que en la villa de Sully fueron degollados treinta y seis sacerdotes y otros muchos arrojados al Loira: los clérigos de Nîmes y gran número de católicos, fueron anegados en el pozo del palacio episcopal: por los registros públicos de las ciudades, sé sabe que en Mompeller, Montalban, y donde quiera que dominaron los protestantes, habian empleado las multas, la confiscacion y el tormento, para compeler á los católicos á abrazar la reforma: muchas veces habian degollado á cuantos rehusaban asistir á sus prédicas; y nadie ignoraba las horribles violencias ejercidas por la reina de Navarra, cuyo hijo era el candillo de los rebeldes. Por último, esta faccion turbulenta tenia aun estrechado al rey, y no cesaba de importunarle con insolentes pretensiones: queria que fuesen separados los ministros, y solicitaba que se ajustase alianza con los protestantes de Inglaterra y de los Paisés Bajos, para hacer la guerra á España, pareciendo que ponía este precio á su obediencia. Tales eran las causas que habian llevado al mas alto grado la irritacion de la corte y del pueblo.

Son tantas las contradicciones y tal la falta de crítica de los historiadores que han hablado de esta matanza, que es difícil conocer puntualmente las circunstancias de ella y saber si fué precedida.



V. M. A. O. M. A. N.

Los mas han repetido, refiriéndose unos á otros, que el rey habia escrito el dia antes del suceso á los gobernadores de las ciudades y provincias que degollaron á los calvinistas; y sin embargo, cuentan que el 25 de Agosto, á otro dia de San Bartolomé, escribió á todas partes achacando aquella bárbara matanza al furor del pueblo, y declarando que se habia hecho contra su voluntad. Añaden que el conde de Tendes, gobernador de la Provenza, respondió al oficial portador de la órden del degüello que no podia considerarla como emanada del rey, de quien habia recibido momentaneamente contrarios; y que Sanit-Herem, gobernador de la Auvernia, contestó igualmente que no obedecería una órden tan cruel mientras no la recibiese del rey mismo. Es manifesto que semejantes respuestas, así como la carta del 25 de Agosto, no pueden conciliarse con la que se supone escrita dos dias antes. Lo único que puede conjeturarse en medio de estos relatos incoherentes, es que la corte se quiso deshacer de las cabezas principales de la rebelion, y que lo demas lo hizo el pueblo irritado.

Hallábanse reunidos en Paris buena parte de los señores protestantes, sea para asistir á las fiestas reales celebradas con motivo de la boda del rey de Navarra y Margarita hermana de Carlos IX, sea para hacer los preparativos de una guerra contra España, cuando volviendo de Louvre el almirante Coligny, el dia 22 de Agosto recibió un tiro de arcabuz, y las balas le rompieron un dedo de la mano derecha y le atravesaron el brazo izquierdo. Se registró la casa de donde habia salido el tiro; pero ya se habia fugado el asesino: solo se supo que allí moraba un preceptor del duque de Guisa; de donde dedujeron los calvinistas que éste habia querido vengar la muerte de su padre asesinado por un agente del almirante. El rey pareció haber sentido en extremo este suceso, y hasta fué en compañía de la reina y del duque de Anjou á visitar al almirante, le dió guardia y prometió castigar con todo rigor á los culpados. Sin embargo, mas de cuatrocientos nobles calvinistas se dirigieron á palacio á pedir justicia y profirieron expresiones amenazantes. La reina madre se aprovechó de este hecho para amedrentar al rey y hacerle consentir en la matanza, cuya ejecución se fijó para el domingo 24 de Agosto, dia de San Bartolomé. En la noche del 23 se pusieron los suizos sobre las armas, se metieron tropas en el Louvre, se llamó al presidente de ayuntamiento, á quien declaró el rey que los calvinistas habian tramado una conspiracion, y en su consecuencia le mandó armar la milicia urbana; lo cual se ejecutó en la misma noche. Tomadas todas las medidas se tocó á rebato á las tres de la mañana para hacer la señal, é inmediatamente el duque de Guisa acompañado del duque de Angulema, hermano natural del rey, se dirigió con tropas á la casa del almirante, que fué degollado con cuantas personas le rodeaban. El cadáver fué arrastrado y ultrajado de mil maneras por el pueblo durante tres dias, y colgado de

pues en las horcas de Montfaucon. Asustados los calvinistas del toque de rebato y del estrépito que habia en la ciudad, se levantaron precipitadamente para acudir á casa del almirante ó al Louvre y en todas partes fueron asesinados. Los que trataron de huir, se vieron cercados por la milicia urbana, que hizo en ellos horrible carnicería. El pueblo se dirigió en seguida á las casas particulares, donde su furor no perdonó á las mugeres ni á los ancianos: hasta dentro de palacio fueron degollados muchos gentilhombres del rey de Navarra y del príncipe de Condé; mas el rey dejó la vida á Grammont, Duras, Gamaches y Bouchavanes que prometieron serle fieles, y cumplieron la palabra. Entre las víctimas principales se cuentan Teligny, yerno del almirante, el conde de la Rochefoucauld, Sombise, Lavardin, Crussol, Levi, Caumont, Pardaillan, Piles, Chateignerai, todos los cuales habian tomado parte en las guerras civiles, Laplace, primer presidente del tribunal de subsidios, el librero Oudin-Petit y el famoso Pedro Ramo, cuyo cuerpo despedazaron y arrastraron por las calles los estudiantes de la universidad. Cien señores calvinistas que vivian en el arrabal de San German tuvieron tiempo de escaparse, y el mismo duque de Guisa salvó casi otro tanto en su casa. Muchos ciudadanos consiguieron ocultarse, y otros salvaron la vida corriendo á hacer abjuracion en las iglesias.

Tres dias duró la matanza que cundió á las provincias, donde varias ciudades imitaron el ejemplo de Paris; pero es de notar que fueron principalmente las que habian sufrido los horrores y violencias de los calvinistas, entre ellas Orleans, Meaux, Troyes, Ruan, Saumur, Angers, Bourges, Leon, Burdeos y Tolosa. Algunos gobernadores se opusieron á esta bárbara medida, y en otras partes el clero, que tanto tenia porque quejarse del fanatismo de los sectarios, consiguió que fuesen perdonados. Juan Henuyer, obispo de Lisieux, de la órden de Santo Domingo, impidió la matanza en su diócesis, y tuvo la satisfaccion de que á poco tiempo los hereges, conmovidos vivamente de esta conducta, hicieran casi todos abjuracion. Mas de trescientos calvinistas fueron acogidos en el palacio arzobispal de Leon; pero la turba los fué persiguiendo hasta allí y los mató. Es imposible determinar el número de personas que perecieron en aquellas jornadas sangrientas. Algunos escritores protestantes le hacen subir hasta cien mil, otros á sesenta mil, y otros solo á veinte mil; pero es indudable que esos números son exagerados. El martirologio protestante publicado en 1582 no cuenta mas que unas seis mil victimas tanto en Paris como en las provincias, y *nominalim* solo señala setecientas ochenta y seis. Es creible que duplicando este último número se acercaría uno mucho á la realidad. Calmado el primer furor de la matanza, llamó Carlos IX á su presencia al rey de Navarra y al príncipe de Condé, y les manifestó que no les daba mas que tres dias para abjurar: luego hizo que los instruyeran en

docto jesuita Maldonado y Durosier, famoso ministro que habia abjurado tambien y mas adelante volvió á la heregia. A mediados de Setiembre, como los principes fuesen dando largas, el rey enfurecido los llamó otra vez, los trató de rebeldes, y les dió á escoger en el acto entre la misa, la muerte ó la prision perpetua. Entonces abjuraron y consiguieron del Papa la absolucion de las censuras por mediacion del cardenal Borbon su tio; mas esta conversion forzada no fué muy duradera. Despues de la jornada de San Bartolomé decretó el rey solemnes procesiones en hacimiento de gracias, y el martes 26 de Agosto fué al parlamento, declaró que todo se habia hecho con su consentimiento para prevenir la conspiracion de los calvinistas, y ordenó que fueran procesados el almirante y sus cómplices. De allí á poco tiempo dió el parlamento una sentencia que hacia constar la conspiracion, y condenaba con la nota mas infamatoria la memoria del almirante. Briquemaut y Cavagne, señores calvinistas implicados en este proceso, fueron ahorcados en la plaza de Greve. Este juicio solemne se alegó á las potencias extrangeras para justificar los horrores de la matanza, y el Papa Gregorio XIII, á quien se manifestó que esta medida habia salvado al rey y á la Francia, mandó celebrar fiestas públicas en Roma; pero no pudo menos de derramar lágrimas y exclamar suspirando: "¡Ay! ¡Cuántos inocentes habrán sido confundidos con los culpados (1)!"

Los calvinistas creyendo amenazada su secta de una completa ruina, no pensaban mas que en buscar un asilo fuera del reino, cuando la corte los tranquilizó con un edicto dado en Octubre, que confirmaba el tratado de pacificacion y les prometia toda seguridad así como la libertad de conciencia; pero con la restriccion de que no pudieran reunirse para el ejercicio público de su culto. Sin embargo, se resolvió quitarles la Rochela, una de las ciudades dadas en rehen, que se habian negado á restituir en el término convenido. Al cabo de algunos meses de sitio se decidió tratar con los rebeldes bajo condiciones vergonzosas, las mismas con corta diferencia que quisieron exigir. Se les otorgó el libre ejercicio de su religion, no solo para ellos, sino para algunas otras ciudades, entre ellas Nimes y Montauban, y para todos los señores de horca y cuchillo que no hubiesen abjurado: se amplió la amnistia y la restitucion de los bienes confiscados á cuantos habian tomado las armas; y por último, se prometió que nadie seria molestado con motivo de la religion ni aun de las promesas de abjuracion. Habiendo tenido que rendirse la ciudad de Sancerre, que se habia rebelado y aspiraba al ejercicio público del calvinismo, perdió sus fueros municipales y fué desmantelada. Un partido que se llamaba la faccion de los políticos ó descontentos, capitaneado por el duque de Alençon, herma-

(1) De Thou.—Davil.—Mem. de Tavan.—Mem. de Viller.—Souliez.
Hist. del calvin.

no del rey, y los Montmorencis, se unió de allí á poco con los calvinistas y les dió ocasion de volver á las turbulencias.

En esto fué elegido rey de Polonia el duque de Anjou y partió á tomar posesion de aquella corona; mas á los cuatro meses escasos fué llamado al trono de Francia por el órden natural de sucesion. Carlos IX, consumido de mucho tiempo atras por la calentura y la tristeza, murió de una hemorragia el día 30 de Mayo de 1574 á los veinticuatro años de su edad, dejando entregado el reino á la anarquía bajo la regencia de la reina madre, cuyas intrigas y ambicion habian contribuido tanto á las desgracias de su reinado. Como no tenia descendencia directa, le sucedió su hermano el duque de Anjou con el nombre de Enrique III. Saló este precipitadamente de Polonia con pretexto de prevenir las turbaciones de su nuevo reino; pero gastó tres meses en el camino y se entretuvo en diferentes ciudades de Alemania é Italia. Llegado á Francia, se abandonó á la indolencia de su carácter débil y frívolo, descuidó el gobierno del Estado, y no tardó en grangearse el desprecio por su conducta extravagante y el desórden de sus inclinaciones pueriles ó afeminadas. La corte ofrecia entonces el espectáculo de una licencia sin limites y de una devocion supersticiosa; cosa que guardaba correspondencia con la educacion y el ánimo apocado de Catalina de Médicis. Hombres y mugeres juntaban las prácticas exteriores de la religion á las intrigas del galanteo, la disolucion de costumbres, los escándalos y desórdenes de todo género; empleaban el tósigo, el puñal y los maleficios contra sus enemigos y rivales; y corrian en tropel á casa de los astrólogos y adivinos, que habia atraido de Italia la necia credulidad de la reina madre. El nuevo monarca llevó al último grado esta mezcla de devocion exterior y de costumbres licenciosas. Se rodeó de favoritos jóvenes cuya conducta era corrompida ó sospechosa, y no pocas veces se le veia con esta turba de libertinos desenfrenados ir á perturbar las fiestas, las bodas, los mercados y otras concurrencias públicas, bailar y retozar por las calles, andar disfrazado en traje de muger, insultar á los transeuntes y muchas veces sufrir el mismo insultos del populacho. Despues de estas bacanales daba ostentosamente las señales mas aparentes de piedad: asistia á las procesiones en traje de penitente, hacia romerías y ejercicios espirituales, visitaba las Iglesias, é iba por las calles con un rosario gordo en la mano y rezando. De paso por Aviñon se alistó en una cofradia de penitentes, y en Paris fundó otra semejante en la que entraron los mas de los cortesanos. El traje de los cofrades era una especie de saco ceñido con una soga, de la que colgaban unas disciplinas y un gran rosario de calaberas. Llevaban enteramente tapada la cara con un capuz que tenia solo dos agujeros para ver. Habia penitentes blancos, negros y azules segun el color del saco: el rey era el hermano mayor de los primeros. El cardenal de Lorena se puso á la cabeza de la cofradia de los

azules, y asistiendo á una procesion se sintió malo, y como no quiesse retirarse por no turbar la ceremonia, fué acometido de una fiebre violenta de la que murió en este mismo año 1574. Todos los católicos lloraron su muerte. En el anterior habia fundado la universidad de Lorena, cuya direccion encomendó á los jesuitas.

Entre tanto, los calvinistas unidos al partido de los descontentos y apoyados por el príncipe palatino, continuaban alterando el reino con sus revueltas, y á los pocos meses de guerra, débilmente sostenida y seguida de una tregua mal observada, hizo el rey la paz con los rebeldes y les concedió por un edicto del mes de Mayo de 1576 unas condiciones mucho mas ventajosas que cuantas habian obtenido hasta entonces. Se les permitia levantar templos para el ejercicio público de su religion en todo el reino, excepto en Paris y su rastró: se les concedian ocho ciudades en rehen y el derecho de tener la mitad de consejeros de su secta en cada parlamento: se les reponia en el goce de sus bienes y dignidades; y se restablecia la buena memoria del almirante Coligny y demás caudillos de los sectarios. Se prohibia molestar á los clérigos y frailes que se habian casado; y se declaraban legítimos sus hijos. Por último, el rey prometia reunir próximamente los Estados del reino en Blois. Como sus locas prodigalidades habian dejado exhausto el tesoro, obtuvo facultad del Papa Gregorio XIII para enagenar parte de los bienes eclesiásticos, con pretexo de defender la religion, y el producto se empleó en el pago de las tropas alemanas llamadas por los rebeldes.

Tantas concesiones hechas á los sectarios, indignaron á los católicos y dieron margen á la liga ó santa union tan desacreditada por los historiadores cortesanos; pero que en el fondo era una consecuencia muy natural de las circunstancias. Habia mucho tiempo que los calvinistas formaban una faccion concertada, con sus caudillos, sus tropas y sus ciudades en rehenes, que recaudaba tributos y contraia alianzas con los principes extranjeros: á la cabeza del partido de los descontentos estaba un hermano del rey, y estas dos facciones unidas por un tratado, acababan de dictar leyes á Enrique III, cuya desidia é impericia presagiaban nuevas calamidades para la religion y la Francia. Con el fin de defenderle y defenderse á sí propios, conocieron los católicos la necesidad de coligarse, de oponer una confederacion á la de los calvinistas y de buscar auxilio á ejemplo de éstos en alianzas extrangeras. El objeto de la liga, como se ve por un instrumento firmado en Peronne el 15 de Febrero de 1577, era mantener la religion católica, defender la autoridad real y las prerogativas de la corona contra los atentados de los sectarios, y hacer cumplir como leyes inviolables las resoluciones que se tomasen en la asamblea de los Estados generales. A este efecto, prometian con juramento los firmantes, emplear sus bienes y hasta su vida, estar siempre pronto á ejecutar las órdenes que los diesen el rey ó sus lugartenientes para el sosten de la religion, socor-

rerse mutuamente, proteger y defender á los eclesiásticos contra toda via de hecho á otra vejacion, mirar como desertores de la religion y traidores al rey y á la patria todos los católicos que no consintiesen en entrar en esta liga, y no tener ninguna relacion con ellos. Declarábase sin embargo, que no se queria vejar de ningun modo á los calvinistas, los cuales no serian molestados en sus personas ni en sus bienes y dignidades, con tal que se mantuviesen quietos y se sometiesen á los acuerdos y resoluciones de los Estados generales. Así la liga no llevaba otro objeto que mantener la constitucion del reino y el vigor de las leyes contra los facciosos. Dicese que era cosa convenida entre los confederados, que el nombramiento de caudillo de la Santa union fuese de cargo del Papa, y que ellos ponian sus miras en el duque de Guisa, sumamente querido de los católicos, y célebre ya por su excelente defensa de Poitiers, y una batalla ganada á las tropas alemanas cerca de Langres. Mas este plan se frustró.

En Diciembre de 1576 se reunieron los Estados generales en Blois. El rey hizo que le reconociesen por gefe de la liga, y mandó extender una fórmula que habia de firmarse en toda Francia. Se revocó el último edicto favorable á los calvinistas, se prohibió el ejercicio público de su secta y se mandó á sus ministros abandonar el reino. Estos decretos sirvieron á los facciosos de pretexto para una nueva guerra, que terminó por un edicto de pacificacion, dado en Poitiers por Setiembre de 1577, y que contenia poco mas ó menos, las mismas concesiones que el de Mayo del año anterior. No obstante, se suprimian algunas salas compuestas de católicos y protestantes por mitad, se limitaba el ejercicio del calvinismo á ciertos lugares solamente en cada bailia, y se decretaba el restablecimiento de la religion católica donde quiera que estuviere abolida. Además, el rey prohibia y anulaba toda liga hecha ó que en adelante se hiciese en perjuicio de este edicto. Mas continuaron los disturbios en la Guinea, el Languedoc y el Delfinado, y el rey, para terminarlos, concluyó en 1579 el tratado de Nerac, por el cual dió á los calvinistas mas amplia libertad para el ejercicio de su culto y les concedió catorce ciudades en rehenes, en vez de nueve. Contado eso, el rey de Navarra, el príncipe de Condé y el duque de Alençon, volvieron á tomar las armas y sacaron á la fuerza nuevas concesiones. Tal fué el efecto de las contemplaciones con los rebeldes.

Esta debilidad del rey, junto con la alianza que por entonces se ajustó con los reformadores de la Suiza y Ginebra, los auxilios que dió á los hereges rebeldes de los Países Bajos, el continuo aumento de tributos, los extremados dispendios de la corte, las prodigalidades escandalosas con los favoritos, la dilapidacion de los bienes eclesiásticos y otra multitud de desórdenes, produjeron un descontento general entre los católicos, y prepararon poco á poco los ánimos al desprecio de la autoridad real. Para precaver el efecto de

estas disposiciones y atraer los grandes del reino al partido de la corte, instituyó principalmente Enrique III en 1579 la orden de los caballeros de Sancti Spiritus, fijando su número en ciento, de los cuales habian de ser cuatro cardenales, cuatro prelados y otras tantas dignidades. Su ánimo era señalar encomiendas á cada caballero; pero se opuso el Papa á solicitud del clero de Francia; con todo, los caballeros conservaron el nombre de comendadores. Todos debian prestar juramento de exponer su vida y hacienda por defender la religion. El clero de Francia, congregado en Melun por Setiembre de este mismo año, se quejó al rey de los enormes tributos que no cesaba de exigirle, y del estado deplorable á que habia reducido su gobierno á la Iglesia galicana. Representó que habia vacantes veintiocho obispos y muchas abadías ó beneficios: que se daban en encomienda varias abadías á seglares y aun á mugeres; y que los frutos de los beneficios vacantes eran presa de cortesanos voluptuosos. En consecuencia, pidió como el medio de remediar los abusos, la publicacion del concilio tridentino y el restablecimiento de las elecciones. El rey denegó estas peticiones; mas para satisfacer en parte á las quejas y deseos del clero, publicó la famosa ordenanza de Blois, que contiene sesenta y cuatro artículos de disciplina, conformes los mas con los decretos de aquel concilio. El clero repitió sus solicitudes en las congregaciones que tuvo en Paris por los años 1582 y 1585; pero con tan poco fruto como antes; y aun el rey respondió á los prelados con desabrimiento, que si hubieran estado en vigor las elecciones, no gozarian aquella dignidad muchos de los que las pedian con tantas instancias.

El jubileo del año 1575 habia llevado á Roma una muchedumbre de peregrinos, entre los cuales se vieron no pocos personajes ilustres, siendo dignos de mencion el gran duque de Toscana, el duque de Cleves y San Carlos Borromeo, cuyo fervor llegó hasta el punto de andar algunas veces descalzo las estaciones. Fué tan grande la afluencia del pueblo, que en solo el hospital de la Trinidad se recibieron un día hasta siete ó ocho mil peregrinos. El Papa, y á su ejemplo los cardenales, se distinguieron por sus copiosas limosnas. Su Santidad abrió segun costumbre la puerta tapiada que se llama puerta santa en la iglesia de San Pedro, y practicó la ceremonia ordinaria de subir de rodillas las gradas de la iglesia de Santa María la Mayor, llamada la santa escala. Este concurso asombroso de peregrinos de todos los paises ocasionó en Roma una peste que cundió por toda Italia é hizo sobre todo al año siguiente horribles estragos en Milán. Algunos quisieron persuadir á San Carlos á que abandonara la ciudad y se preservara del contagio para bien de su Iglesia; mas el santo arzobispo miró como un deber el exponer su vida por socorrer y consolar por sí mismo á su rebaño. Ordenó rogativas públicas, redobló sus ayunos y austeridades, y empleó su vajilla de plata, sus muebles, su ropa blanca y

hasta sus hábitos en socorrer á los pobres y á los enfermos. La epidemia era tan espantosa, que habian huido una multitud de personas, y las mas veces quedaban abandonados los apestados. San Carlos les asistia, les administraba los sacramentos y bautizaba á los niños. Su ejemplo y celo no tardaron en reanimar á otros y excitar la caridad del clero y de los fieles: muchos arrostraron á todos los peligros y fueron á ofrecerle sus servicios para cuidar á los enfermos y enterar á los muertos. Envió á buscar á los vales de la Suiza eclesiásticos, religiosos y otras personas caritativas que le auxiliasen: mandó hacer por toda la diócesis y paises limítrofes colectas que produjeron copiosas limosnas; y por este medio pudo atender á las necesidades no solo de los apestados, sino de muchos jornaleros y pobres de solemnidad. No se limitaron su solicitud y desvelos á la ciudad de Milán, sino que visitó todos los lugares de su diócesis inficionados de la peste, y donde quiera dictó medidas eficaces en beneficio del alma y del cuerpo. A fin de aplacar la ira divina ordenó procesiones generales, á las que asistió él descalzo y con una soga al cuello, acompañándole gran gentío del pueblo deshecho en llanto. Por fin, cedió poco á poco la epidemia y cesó del todo á los diez y ocho meses de estragos. Perekieron en la ciudad mas diez y siete mil personas y ocho mil en lo restante de la diócesis.

En 1573, tuvo San Carlos el tercer concilio provincial, y publicó una instruccion pastoral exhortando á los fieles al ayuno y abstinencia en tiempo de advenio, segun la antigua costumbre. Dos años despues, en otra pastoral que dió sobre la santificacion de las fiestas, mandó que las mugeres se presentasen en el templo con velo, segun el precepto de San Pablo. Por la misma época fundó un seminario de nobles en Milán, y poco despues otro colegio para los suizos. Celebró el cuarto concilio provincial en 1576, unos meses antes de declararse la peste, y otro en 1579; en ambos publicó, como de ordinario, muchos y sábios estatutos para la reforma de las costumbres y la observancia de la disciplina. Mas su celo encontró á las veces contradicciones, y aun le granjeó una especie de persecucion por parte del gobernador, con motivo de un edicto contra los espectáculos. Era costumbre en la diócesis de Milán, no empezar la cuaresma hasta el lunes de la primera semana, y el domingo anterior se divertia el pueblo en mascaradas y otras diversiones licenciosas del carnaval. El arzobispo publicó en 1579 una pastoral contra estos abusos; mas sabiendo que el gobernador preparaba fiestas, torneos y otros espectáculos, dió un edicto en que los prohibia, pena de excomuniun y entredicho, contra todos los que tomasen parte en ellos; ademas, ordenó la abstinencia de carne para aquel domingo. El gobernador, irritado ya por algunas cuestiones tocante á la jurisdiccion eclesiástica, no hubo medio de que no se valiese para desacreditar al santo prelado, y pintarle á la cor-

te de España como un ambicioso que usurpaba los derechos de la autoridad real, y al Papa como un espíritu inquieto y falto de educación y prudencia. Estas imputaciones obligaron á San Carlos á ir á Roma; mas no le costó trabajo justificarse.

Gregorio XIII confirmó en el primer año de su pontificado el órden militar de San Mauricio, instituida por el duque de Saboya, uniéndola á la antigua de San Lázaro, y en 1575, la congregación del Oratorio, fundada por San Felipe Neri. Una de las miras de este santo patriarca, era ofrecer un asilo á los que, no teniendo suficiente robustez ó valor para practicar las austeridades del claustro y empeñarse con votos solemnes, quisieran retirarse del mundo á fin de vivir cristianamente. Su congregación se componía de seculares y de eclesiásticos. De allí á cuatro años emprendió el Papa la restauración de la órden de San Basilio en Occidente: habia habido hasta quinientos monasterios en el reino de Nápoles; pero relajada la disciplina, se disminuyó mucho el número de ellos. Gregorio XIII ordenó, que todos los existentes formasen una sola congregación, gobernada por un mismo abad, les otorgó muchos privilegios y les dejó la costumbre de seguir el rito griego de que estaban en posesion. Entre las muchas fundaciones que la religion debe á este Pontífice, se cuentan hasta veinte colegios y seminarios instituidos en diversos lugares en solo el año 1579, es á saber, en Roma para los ingleses, los alemanes, los judíos convertidos, los griegos y los maronitas, en Loreto para los esclavones, en Viena de Austria, Praga, Olmutz, Wilna de Lituania, Transilvania y hasta en el Japon. Poco antes, Juan de la Barriere, abad de Feuillans en la diócesis de Rieux en el Langüedoc, habia emprendido la reforma de la órden de San Bernardo; mas no pudo hacer que la abrazaran los monges de su abadía, y ya pensaba retirarse á un desierto, cuando el célebre Ossat, secretario entonces del arzobispo de Tolosa y despues cardenal, le persuadió á que no desistiera de su primer intento. Por fin, halló algunos discípulos, que á su ejemplo resolvieron practicar las austeridades primitivas del Cister. Sixto V aprobó esta reforma en 1585, y al año siguiente los nuevos monges, llamados folletanos por el nombre del lugar de la abadía, se establecieron en Paris en un monasterio que mandó edificar Enrique III cerca de las Tullerías.

El emperador Maximiliano II habia muerto en 1576, sucediéndole su hijo Rodolfo II, que en treinta y seis años de reinado, no se distinguió apenas mas que por su ridícula afición á la alquimia. La indolencia de estos dos monarcas fomentó los progresos de la heregía, y á veces los mismos obispos la introdujeron en sus diócesis. Así sucedió particularmente en Magdeburgo, cuyo arzobispo, hijo del elector de Brandemburgo, se habia decidido con el parecer del cabildo, á mandar predicar públicamente el luteranismo. Salentino de Issemburgo, arzobispo de Colonia y obispo de Pader-

born, que poseía estas dos mitras sin ser sacerdote, abandonó el estado eclesiástico en 1577 por casarse con una hija del príncipe de Ligne. Su sucesor en la silla de Colonia, Gebhardo Truchses, se casó á poco tiempo con una monja llamada Inés de Mansfeld, y para legitimar este sacrílego matrimonio, abrazó el protestantismo y quiso introducirle en su diócesis. Mas se opusieron firmemente el cabildo y senado de Colonia, y convocaron en 1583 los Estados de la provincia, los cuales declararon á Gebhardo destituido del electorado, conforme á la pacificación de Passaw. El Papa por su parte, habiéndose esforzado en vano á reducirle, dió sentencia de deposicion contra él, y en seguida el cabildo eligió á Ernesto de Baviera, que ya era obispo de Lieja, Flesinga é Hildesheim. Gebhardo quiso sostenerse á viva fuerza, levantó tropas, taló las cercanías de Colonia é incendió las famosas abadías de Tuitz y Aldemberg. Mas al año siguiente, despues de una completa derrota, tuvo que refugiarse en los Países Bajos, donde murió en la obscuridad.

Continuaban las discordias entre los protestantes, y el elector de Sajonia para terminarlas, decretó en 1571 la reunion de un sínodo en Dresde, á que concurrieron muchos ministros y compusieron una confesion de fé, bajo el título de fórmula de concordia; mas desagradó á los *ubiquitarios*, así como otra dispuesta en 1574, en la conferencia de Torgaw. Por fin, Chytrea, Kemnitz y algunos otros reunidos en Bergh el año 1577, compusieron una nueva fórmula de concordia, en la que sentaron expresamente la ubiquidad, y los electores de Sajonia y Brandemburgo y otros muchos principes decretaron que se firmase. Con todo, estuvo muy lejos de restablecerse la union, y fué preciso tener otras muchas conferencias y emplear al cabo la prison y otros medios violentos, contra los que se rehusaban suscribir á ella. Como todas estas fórmulas condenaban á los sacramentarios, se juntaron éstos en 1577 en la ciudad de Francfort, á donde habia convocado el elector palatino ministros de todos los países calvinistas: compusieron en nombre de la secta una confesion de fé, y escribieron á los luteranos solicitando una conferencia y entrar en su comunión. Mas esta diligencia y otras que se practicaron en los años siguientes, fueron infructuosas. Por eso entonces trataron los luteranos obtener de los griegos la aprobación de la confesion de Augsburg, con cuyo objeto la enviaron á Jeremías, patriarca de Constantinopla, y una carta en que se empeñaban en probar que ellos tenían la fé de los primeros siglos. Mas el patriarca les respondió, haciendo ver la novedad de aquellas doctrinas é insistió sobre las variantes é interminables disputas de los protestantes; y como éstos reiterasen varias veces sus instancias, les envió otras dos respuestas que contenian igualmente una sólida refutación de semejantes errores.

Una muchedumbre de clérigos formados en los seminarios ingleses de Reims y Douai, recorrian disfrazados la Inglaterra con el fin

de afirmar á los católicos y prestarles los auxilios de la religion. La reina dió algunas disposiciones para descubrirlos, esparciendo espías que se fingian católicos, y por este medio fueron presos y sentenciados á muerte varios de aquellos eclesiásticos. Uno de ellos fué Edmundo Campian, jesuita, célebre por sus obras, que pereció en el cadalso con dos compañeros suyos en 1581. Para hacerlos odiosos, se les imputó una falsa conspiracion de que no pudo encontrarse el mas leve indicio. La reina renovó por entonces la ley que prohibia admitir y hospedar sacerdotes, pena de muerte, y mandó que todos los padres que tenían hijos fuera del reino, los llamasen inmediatamente, con prohibicion de enviar ningun socorro á los que rehusasen volver. Mantenia espías en los países extrañeros, que se captaban la confianza de los católicos, y con sus calumniosas delaciones daban pretexto á muchas persecuciones. Estas continuas violencias determinaron tres años despues á Guillermo Parr, caballero católico, á tramar una conspiracion contra la reina. Declaró su plan á algunas personas que en vano intentaron disuadirle; mas fué descubierto y sentenciado á muerte. Con esta ocasion publicó el parlamento una ley, que mandaba salir del reino á todos los sacerdotes católicos dentro de cuatro dias, so pena de ser tratados como reos de alta traicion: ademas prescribia, que se tuviesen por convictos del mismo crimen, los que estaban en los seminarios extrañeros, si no acudian en el término de seis meses á prestar su sumision ante un obispo anglicano; y se imponia la confiscacion de bienes y el destierro á cualquiera que los enviase dinero.

En el año 1578, pereció el rey D. Sebastian de Portugal en una expedicion á Africa, y habiendo muerto tambien en 1580 su tio y sucesor el cardenal D. Enrique, disputaron el trono varios pretendientes. El Papa Gregorio XIII quiso reservarse la resolcion de este litigio; mas Felipe II hizo que decidieran las universidades de Alcalá y Salamanca, que en calidad de soberano, él era el único juez de la validez de sus derechos, y ocupó á Portugal á viva fuerza. Este acrecentamiento de poder no impidió que perdiése al año siguiente parte de los Países Bajos. D. Luis de Requesens, gobernador de aquellas provincias, murió en 1576 y le sucedió el célebre D. Juan de Austria; mas antes que éste llegase, se apoderaron del gobierno los Estados generales de Flandes, Bravante y provincias comarcanas; y ajustaron alianza con los de Holanda contra las tropas españolas. Este tratado, llamado confederacion de Gante, otorgaba la libertad de conciencia á los reformados, quienes por su lado prometian no atacar contra la religion católica. Aprobóronle parte del clero y aun algunos obispos; pero muchas ciudades, sobre todo, en el Hainaut y el Artois, no quisieron consentir en la introduccion del calvinismo. El principe de Orange tenia el mando de la Holanda y de las otras provincias donde se habia abolido la religion católica: los confederados de Bravante llamaron al ar-

chiduque Matías para que los acaudillase; y las dos facciones publicaron en una junta de los Estados generales un edicto, declarando traidores á la patria á los que tomasen el partido de los españoles. En 1578, ganó D. Juan de Austria una famosa victoria á los rebeldes; pero murió al poco tiempo, dejando el gobierno al duque de Parma, hijo de la antigua gobernadora. Entre tanto, los sectarios violaban sin cesar el tratado de Gante. La ciudad de Amsterdam, que habia abrazado el partido del príncipe de Orange, con la expresa condicion de que serian nada mas que tolerados los protestantes, vió ocupadas sus iglesias, expulsos los sacerdotes y abolida la religion católica, apenas entraron los sectarios. Los de Amberes cayeron á mano armada sobre una procesion á que asistia el archiduque Matías, apresaron doscientos, entre clérigos y frailes, y los obligaron á salir de la ciudad. Estas tropelías determinaron sucesivamente á varias provincias á separarse de la confederacion. Los Estados generales habian ofrecido la soberania de los Países Bajos al duque de Alençon, ya duque de Anjou, quien les llevó un refuerzo de tropas casi todas calvinistas; y por un edicto de Julio de 1581, declararon á Felipe II destituido de sus derechos sobre los Países Bajos, y á los pueblos absueltos del juramento de fidelidad. Desde entonces, no tuvo ya límites la turbulenta audacia de los sectarios: saquearon las iglesias y los conventos, destruyeron las santas imágenes y prohibieron el ejercicio del culto católico donde quiera que llegaron á dominar. Indignados de tantas y tan sacrilegas profanaciones las provincias de Hainaut, el Artois y algunas otras, no tardaron en hacer las paces con España; pero Holanda y las otras marítimas lograron mantenerse independientes. Por esta misma época, el duque de Cleves pudo apresar y mandó quemar á fuego lento un fanático, llamado Guillermo de Ruremonda, que habia intentado renovar el reino de los anabaptistas y cometa toda suerte de desórdenes hacia muchos años.

Bayo entró en conferencia sobre la religion con un señor calvinista, y excitó el descontento de los católicos, quienes le vituperaron que vendiese la fe por medio de concesiones temerarias y la futilidad de sus respuestas. Con las turbulencias de los Países Bajos y los triunfos de los rebeldes, creyó tambien que podría impunemente resistirse contra la bula de Pio V, y á poco tiempo publicaron él y sus secuaces, que se habia obtenido por sorpresa, y que no tardaria en revocarla el nuevo Pontífice. Los católicos dieron parte á Roma, y en consecuencia, Gregorio XIII publicó otra bula en 29 de Enero de 1579, confirmando y declarando auténtica la de Pio V. El sábio jesuita Toledo, predicador del Papa y luego cardenal, pasó á Lovaina con la comision de publicar dicha bula y hacer retractar á Bayo formalmente y por escrito. Tuvo varias conferencias con éste, y habiéndole dispuesto á la sumision, convocó al año siguiente una junta de la facultad de teología, en la

que declararon todos los doctores, licenciados, bachilleres y estudiantes, que se adherían sin reserva ni restricción á la bula. Entonces Bayo firmó una retractación, en la que confesaba, que las proposiciones contenidas en la bula, habían sido condenadas legítimamente despues de maduro exámen; que muchas se hallaban en sus libros, y eran defendidas en el mismo sentido en que habían sido condenadas; y declaraba desaprobárlas y conformarse con la condenacion de ellas, prometiendo no defenderlas mas.

En Francia se celebraron por este tiempo varios concilios provinciales, para poner en vigor los decretos del tridentino; es á saber, en 1581 el de Ruán, presidido por el cardenal Borbon, en 1583 los de Reims, Burdeos y Tours, en 1584 el de Bourges, y en 1585 el de Aix en la Provenza. En estos concilios se publicaron muchos decretos, que se sometieron á la aprobacion de la Santa Sede. Tambien se tuvieron dos en la América, uno en Lima, capital del Perú, el año 1583, y el otro en México dos años despues, para uniformar la disciplina y conservar la pureza de la fé y las costumbres en las Iglesias del Nuevo Mundo. El concilio de Lima condenó y entregó al brazo secular á un teólogo fanático y corrompido, que se jactaba de tener conversacion familiar con Dios, y prometia fundar pronto una nueva Iglesia, cuyas leyes abolirian la confesion y el celibato eclesiástico y autorizarian la poligamia. En fin, el Papa Gregorio XIII hizo congregar en 1582 un concilio en el Cairo, ciudad de Egipto, para reunir los cotos á la Iglesia romana y hacerlos abjurar el eutiquianismo.

En el mismo año tuvo San Carlos el sexto y último concilio provincial. Los trabajos y austeridades habían extenuado sus fuerzas, y conociendo que se acercaba su fin, se preparó á la muerte con un aumento de fervor y penitencia. Solo comia un poco de pan moreno, no bebía mas que agua, dormía sobre las tablas con un mal cobertor, y pasaba la mayor parte de la noche en oracion. Acostumbraba retirarse todos los años á hacer ejercicios en el monte Varal, lugar de devocion en la diócesis de Verona, y estando allí con su confesor, le acometió una fiebre violenta y fué forzosamente trasladado á Milán, donde murió á los pocos dias el 3 de Noviembre de 1584. Por los muchos milagros obrados en su sepulcro, le canonizó Paulo V, á los veintiseis años de su tránsito. Escribió el santo cardenal muchas obras sobre materias dogmáticas y morales, entre ellas unas instrucciones para los confesores. Por los estatutos de sus concilios y sínodos diocesanos, se le considera justamente como el restaurador de la disciplina eclesiástica.

Santa Teresa de Jesus murió el dia 4 de Octubre de 1582 en el convento de carmelitas de Alba de Tormes, despues de haber fundado en diferentes lugares de España hasta treinta de su reforma, la mitad de ellos para frailes. En vida de la santa se propagó su instituto hasta México, y no tardó en extenderse por Italia, Fran-

cia y todas las naciones católicas. Escribió Santa Teresa muchísimas cartas y varias obras, en las que son igualmente de admirar sus vastos conocimientos, la solidez de los pensamientos y la belleza del estilo. Los principales tratados son la historia de su vida y de sus fundaciones, el Camino de la perfeccion, el Modo de visitar los conventos, las Instrucciones á las religiosas y los Pensamientos sobre el amor de Dios. Tambien era poetisa y escribió algunas composiciones sobre asuntos místicos, siendo célebre el soneto que comienza:

No me mueve, mi Dios, para quererte (1).

El dia de la muerte de Santa Teresa es memorable por haber marcado el principio del calendario Gregoriano. La intercalacion de un año bisiesto cada cuatro años en el calendario Juliano, suponía constar el año solar de trescientos sesenta y seis dias y seis horas; mas como faltan unos once minutos, está diferencia habia producido á la larga un error de cuantía, de suerte que el equinoccio de primavera, fijado por el concilio niceno en el dia 2 de Marzo, ocurría el 11, adelantándose así diez dias. Por otra parte, las nuevas lunas contadas segun el número áureo, caian cuatro dias antes de lo que estaban marcadas en el calendario. Para corregir este error mandó Gregorio XIII que se suprimiesen diez dias, y que al siguiente del 4 de Octubre se contase el 15 en vez del 5, y ademas que se quitase el dia bisiesto tres veces cada cuatrocientos años en el último de cada siglo, es decir, siempre que no fuese divisible por cuatro. Ultimamente, restableció las nuevas lunas en su lugar, y añadió al número áureo el ciclo de la epacta. Los hereges desecharon esta reforma del calendario porque procedía de Roma, y hasta el último siglo no consintieron en adoptarla Inglaterra, Suecia, Dinamarca y los Estados protestantes de Alemania. Los rusos conservan aún el calendario antiguo.

Hacia esta misma época publicó Gregorio XIII, que era docto canonista, una edicion correcta del decreto de Graciano con notas y comentarios. Dos años antes habia tenido algunas desavenencias con los venecianos, por haber mandado que los delegados de la Santa Sede hicieran una visita general de las iglesias y conventos en toda Italia. Habiendo encargado á su legado que la hiciese en los Estados de Venecia, se opuso el senado y quiso mantener la jurisdiccion del patriarca. Al fin, se convino por transaccion, que se encomendaria la visita á un obispo veneciano á eleccion del Papa. Este confirmó por una bula de 25 de Mayo de 1584, los privilegios de los jesuitas, prohibiendo, pena de excomunion, oponerse á este instituto y difamarle. Al principio del año siguiente recibió una célebre embajada, enviada por los principes cristianos del Japon para reconocer la autoridad de la Santa Sede, y dar en cierto modo un

(1) Se atribuye generalmente á San Francisco Javier.

testimonio auténtico de los maravillosos frutos que había producido el predicacion del Evangelio en aquellas apartadas regiones. Contábase allí una multitud de Iglesias tan florecientes por el número como por el fervor de los fieles. El rey de Bongo, que había recibido á San Francisco Javier de un modo tan honorífico, abrazó por fin la fé y manifestó en el trono las virtudes mas eminentes. Estaba tan profundamente penetrado de las verdades del cristianismo, que hizo edificar una ciudad poblada toda de cristianos para retirarse allí lejos de los idólatras, cuyos extravíos le arrancaban lágrimas. Como era uno de los soberanos mas poderosos del Japon y célebre por su sabiduría, siguieron su ejemplo otros muchos príncipes y fueron como los apóstoles de sus pueblos. Los misioneros, que apenas llegaban á sesenta, no bastaban con mucho para socorrer las necesidades de aquella nueva Iglesia, y los neófitos solían estar muchos años sin ver un sacerdote. Mas su fervor se sostenía contra la corrupcion del siglo al mismo tiempo que contra las personas de los idólatras. Con ocasion de un motin que ocurrió contra los misioneros en Vosqui, ciudad del reino de Bongo, acudieron á la iglesia todos los fieles de la poblacion y las cercanías, con la esperanza de morir por la fé, y permanecieron allí dia y noche hasta que la presencia del rey aplacó el tumulto. Las mugeres no fueron menos valerosas que los hombres, y una esclava alcanzó la primera la corona del martirio. Como los cristianos perseguidos en Pirando se reunian fuera de la ciudad al pié de una cruz para orar juntos, el amo de esta muger, que era idólatra, la prohibió concurrir allí, pena de la vida; mas ella respondió que la muerte no acobardaba á los cristianos, y al dia siguiente fué á reunirse con los fieles. Entonces el idólatra, enfurecido, corrió en busca de su esclava y le cortó la cabeza. Los embajadores llegados á Roma eran enviados por los reyes de Bongo y Arima, y el príncipe de Omura en nombre de todos los cristianos. Gregorio XIII los recibió con las mas honoríficas distinciones, y de la misma manera los trató Sixto V que les dió la orden de la espuela de oro. El rey de España, así como las ciudades de Italia, los festejó magníficamente y les pagó los gastos del retorno. Pero cuando llegaron al Japon al cabo de ocho años de ausencia, hallaron que había cambiado enteramente la situacion, y que los cristianos eran perseguidos por todas partes. Mas adelante veremos las particularidades de esta persecucion, que con cortos intervalos duró cincuenta años, produjo muchedumbre de mártires y no acabó sino con la extincion del cristianismo. La embajada de que hemos hablado fué en un todo dirigida por los jesuitas.

El Papa Gregorio XIII murió el dia 10 de Abril de 1585, y el 24 del mismo mes fué elegido Félix Pereti, cardenal de Montalto, de la creacion de Pio V, que tomó el nombre de Sixto V. Era hijo de padres pobres y natural de una villa de la Marca de Ancona:

un dia que estaba guardando cerdos, pasó por allí un fraile franciscano, y prendado de la traza del muchacho se lo llevó á su convento y le aplicó al estudio. Félix tomó despues el hábito de la orden, se aventajó en las ciencias, sobresalió por su talento para la predicacion, y desempeñó sucesivamente diferentes cargos de la religion hasta llegar á general. Deseo que despues de haber obtenido el capelo, cómo aspirase al solio pontificio, cuidó, para lograrlo mejor, de ocultar sus miras ambiciosas aparentando decrepitud y achaques, y viviendo retirado como un hombre que solo piensa en la salvacion. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en cuanto fué elegido, tiró el baston en que se apoyaba, entonó el *Te Deum* con voz firme, y desplegó en el gobierno de la Iglesia y de sus Estados un vigor, una firmeza y una aplicacion, que no descubrian en nada la vejez. Publicó al instante un edicto severo contra los saltadores, asesinos y ladrones, y le hizo cumplir de modo, que en pocos meses se restableció la seguridad en todas partes. Celosísimo por las costumbres, tomó algunas medidas para extinguir ó disminuir á lo menos la prostitucion, castigó á muchas rameras convintas de tener comercio criminal con hombres casados, y decretó que los adúlteros, incestuosos y corruptores de la juventud fuesen condenados á muerte; esta severidad enfrenó la licencia de los grandes, los cuales empleaban igualmente la seducion y la violencia para satisfacer sus pasiones. Tambien prohibió las supersticiones de la astrologia judiciaria y de la adivinacion, muy acreditadas en Italia; y algunas personas distinguidas fueron condenadas á galeras por haber quebrantado estos preceptos. En menos de dos años expidió este infatigable Pontífice hasta setenta y dos bulas, siendo notables entre ellas la que empieza por la palabra *Detestabilis*, y se dirige á condenar las cláusulas ilícitas y usurarias añadidas en los contratos de companía; la que prohiba admitir en ninguna religion á los bastardos ó personas con nota de infamia, y la de 3 de Diciembre de 1586 que fijó el número de cardenales en setenta, á saber, seis obispos, cincuenta presbíteros y catorce diáconos; previniendo ademas que nadie pudiera obtener el capelo si era pariente en primero ó segundo grado de un cardenal vivo, cosa que se pedia hacia mucho tiempo.

Sixto V, protector celoso de las ciencias y las artes, construyó y adornó magníficamente un nuevo edificio para la biblioteca del Vaticano, y cerca de ella estableció una imprenta destinada á publicar ediciones exactas de los concilios y los santos Padres. Tambien trabajó, como sus predecesores, en preparar una edicion correcta de la Biblia y en particular de la Vulgata, según el decreto del tridentino; pero este trabajo no se concluyó hasta el pontificado de Clemente VIII. Muchos Papas, y entre ellos Julio II, habian proyectado levantar un soberbio obelisco trasportado á Roma para ornato del circo de órden de Nerón y que se iba deteriorando con el

tiempo. Sixto V puso por obra este plan, y mandó colocar el obelisco delante de la basílica de San Pedro, y haciendo desenterrar otros tres, los colocó delante de otras iglesias. Construyó una magnífica capilla de mármol blanco en la basílica de Santa María la mayor, hermoseó la ciudad de Roma con otros monumentos, y fundó un hospicio para los mendigos y un asilo para las viudas y solteras desamparadas. Edificó una ciudad en Montalto cerca del lugar donde había nacido, y la erigió en silla episcopal. Ultimamente, introduciendo una gran reforma en el gobierno, instituyó diferentes congregaciones de cardenales para el exámen y pronto despacho de los negocios, en especial la del concilio tridentino para el cumplimiento é interpretación de los decretos de éste, la del índice para la condenación de malos libros, la de los negocios consistoriales para lo relativo á la provision de obispados, y la de ritos para lo tocante á las ceremonias de la Iglesia y la canonización de los santos. El objeto de otras era proveer abundantemente de víveres, cuidar de los caminos, puentes y aguas, y otros asuntos de administración temporal.

El estado de la religion en Inglaterra excitó grandemente la solicitud de Sixto V, que expidió una bula exhortando á los fieles á que socorrieran á los ingleses que estudiaban en el seminario de Reims fundado, como el de Douai, por Guillermo Allen, y á los príncipes cristianos á que protegieran á los católicos perseguidos. Confirmó la bula de deposición publicada por Pio V contra Isabel, é instó á Felipe II para que ocupara el reino de Inglaterra, con la condicion de tenerle como feudo de la Santa Sede. Esta medida fué producida por la muerte trágica de María Estuardo, á quien la corte de Roma miraba como la heredera legitima de la corona de Inglaterra. Muchas veces se había intentado sacar á esta princesa del cantiverio, pero inútilmente, cuando una conspiracion fraguada en 1586 con el mismo objeto, sirvió de pretexto á Isabel para deshacerse de una peligrosa competidora. Se formó causa á los acusados y fueron condenados á muerte muchos señores y otras personas de todas condiciones, los mas sin otro delito que su adhesión á la fé católica. Luego mandó Isabel juzgar á María Estuardo, su igual, como cómplice de aquella conspiracion. Fueron á la cárcel algunos comisarios para tomarle declaracion, y María, aunque protestando contra el derecho que se arrogaban, respondió con dignidad que ella no había entrado en ninguna trama contra la reina de Inglaterra, que no era responsable de las conjuraciones ajenas, y que no podía acriminársela por haber tratado de romper las cadenas, ocupar otra vez su solio y librar á los católicos de la opresion. Nunca fueron conculcadas mas indignamente las reglas de la justicia. Se exhibieron contra la reina María falsas copias de sus cartas, nunca los originales, y se alegó el testimonio de sus secretarios, á los cuales no se permitió comparecer, y las deposiciones de tres con-

jurados, á quienes se había quitado la vida sin 'carcarlos' con ella. En fin, despues de unos procedimientos tan escandalosos, el parlamento de Inglaterra, fiel á sus tradiciones de servil complacencia, la declaró reo de lesa magestad. La sentencia de muerte fué firmada por Isabel y notificada á María, que la oyó leer con piadosa resignacion. Habiendo pedido en vano que le llevasen su confesor, pasó una parte de la noche en oracion, y al dia siguiente marchó al suplicio con un crucifijo en la mano, y protestó al pié del cadalso no haber atentado jamas contra Isabel, y que se tenia por dichosa de morir victima de su adhesión á la fé católica. Fue decapitada el 18 de Febrero de 1587, á la edad de cuarenta y cuatro años. Este atentado contra la magestad real, provocó la indignacion de todos los príncipes católicos, y Felipe II, para apoderarse de Inglaterra, armó una escuadra tan formidable, que se llamó la invencible. Diose á la vela en la primavera del año siguiente; pero sufrió una horrible borrasca que la desbarató completamente. El éxito de esta empresa acabó de consolidar el trono de Isabel, y encrudenció la persecucion contra los católicos. No padecieron éstos menos en Escocia, donde tambien había habido algunas manifestaciones en favor de María Estuardo y Felipe II. En la universidad de Lovaina habian retoñado los disturbios con motivo de los errores de Bayo, cuyas palabras y hechos hacian dudar de la sinceridad de su retractacion. Sixto V encargó al obispo de Vercelli, su nuncio en los Países Bajos, que echara tierra á este asunto. El obispo pasó á Lovaina, donde mandó extender un cuerpo de doctrina contrario á las proposiciones condenadas, y la facultad se obligó por juramento á tomarle por norma de sus opiniones. Mas no tardaron en nacer nuevas disputas. El docto jesuita Lesio, y su compañero Hamelio, habian defendido unas conclusiones públicas, en que enseñaban que todos los hombres, sean justos, sean pecadores ó infieles, tenian siempre gracias suficientes para cumplir los mandamientos y salvarse, y que la predestinacion de los escogidos no era gratuita, sino que estaba subordinada á la prevision de los méritos. Los doctores de Lovaina publicaron una censura de estas conclusiones, en las que creian ver el semipelagianismo, imitándolos la universidad de Douai, fundada años antes por Felipe II. Muchos obispos y parte del clero de los Países Bajos, suscribieron la censura; pero algunos otros se opusieron, y la universidad de Paris á quien se envió, no quiso aprobarla. Lesio compuso una apologia de su doctrina, que fué declarada ortodoxa por las universidades de Magnúcia, Tréveris é Ingolstadt. Por fin el doctor Tomas Stapleton de Douai, celebre por sus escritos de controversia contra los protestantes, desaprobó tambien la censura. Sin embargo, el general de los jesuitas, temiendo las resultas de este suceso, suplicó á Sixto V que interpusiera su autoridad para terminar las disputas, y le entregó la censura de los doctores y la

apología de Lesio con una memoria compuesta por el célebre Belarmino. El Papa tuvo un consistorio para tratar de este asunto, y los cardenales aprobaron las conclusiones del jesuita flamenco por contener sana doctrina: en seguida, Sixto V comisionó á su nuncio en Colonia, Frangipani, para que pasara á Lovaina, impusiera silencio á entrambas partes sobre estas cuestiones y les prohibiera bajo pena de excomunion censurar una ú otra opinion, hasta que la Santa Sede tuviese por bien de pronunciar un juicio definitivo. El decreto del nuncio, publicado en Julio de 1588, produjo su efecto, contribuyendo tambien á la conservacion de la paz la muerte de Bayo, ocurrida al año siguiente.

Desde el principio de su pontificado dió Sixto V algunas medidas para conjurar los peligros que corría en Francia la religion católica. En Junio de 1584 habia muerto el duque de Anjou, hermano único del rey; y como en diez años de matrimonio, no habia tenido Enrique III sucesion, el rey de Navarra era, por el órden regular, heredero presuntivo de la corona. Los católicos que componian la nacion entera, menos una parte mínima, manifestaron en todas partes vivos recelos, y resolvieron no reconocer por rey á un enemigo de su religion, determinándose muchos á reponer la liga ó santa union para excluir del trono á aquel principe herege y asegurar al cardenal de Borbon, tío de este, la sucesion eventual del reino. Con este objeto ajustó el duque de Guisa, en nombre de la liga, un tratado de alianza con el rey de España, y por Marzo de 1585, publicó el cardenal un manifesto en que exponia que el primer juramento prestado por los reyes de Francia al tiempo de su coronacion, era mantener y defender la religion católica, con cuya condicion; y no de otra manera, recibian el juramento de fidelidad de sus vasallos: que por consecuencia éstos no estaban obligados á reconocer ni consentir la dominacion de un príncipe herege: que sin embargo, los que se persuadian ser los herederos de la corona y se habian mostrado constantemente perseguidores de la fé, levantaban tropas, contraian alianzas con los protestantes de Alemania, y todo lo ponian por obra para poder ocupar el trono y destruir la religion católica: que por estos motivos él, como primer príncipe de la familia real, y de concierto con los señores obispos y ciudades del reino, habia juzgado necesario tomar las armas para oponerse á los intentos de los enemigos de la religion y del Estado; pero que siempre fiel al rey, estaba pronto á soltarlas en cuanto S. M. se sirviese tomar como debía, los medios de conjurar el peligro que amenazaba al reino. A este manifesto se siguió una representacion al rey, pidiendo que revocara los edictos publicados en favor de los hereges, y negara su proteccion á los sectarios extranjeros y especialmente á la ciudad de Ginebra. La liga prosperó en poco tiempo de un modo asombroso: la nobleza de Picardía, Champaña y Borgoña, acudió en tropa á reunirse con el duque de Guisa; y mu-

chas ciudades importantes se levantaron en favor de la union. Pero donde produjo un entusiasmo increíble, fué en Paris; allí los mas fogosos coligados se pusieron al frente del gobierno en los diez y seis cuarteles de la ciudad, y formaron una especie de junta directiva que fué famosa bajo el nombre de consejo de los diez y seis. Estos rápidos progresos asustaron á la corte, y el rey, despues de dictar algunas medidas para la reforma de los abusos, resolvió negociar con los cardillos de la liga y concluir un tratado en Julio de 1585, á que se siguió un edicto en que se revocaban todas las concesiones hechas á los calvinistas, y se prohibia, pena de muerte, el ejercicio de otra religion que la católica. A los que no quisieran someterse, sólo se les daba un plazo de seis meses para salir del reino: este tratado puso al rey de Navarra en una perplejidad cruel; pero mejor quiso arriesgar la corona de Francia y sumergir al reino en las calamidades de la guerra civil, que desistir de sus preocupaciones. Habiendo atraído á su partido al duque de Montmorency, gobernador del Langüedoc, tomó las armas y ocupó el Delfinado, la Guiena y el Poitou. Enrique III dió algunas disposiciones para sostener la guerra; pero lo hizo con tanta flojedad, lentitud y repugnancia, que los coligados le acusaron bien pronto de estar en connivencia con los rebeldes.

Entre tanto, Sixto V publicó en Setiembre de 1585 una bula contra el rey de Navarra y el príncipe de Condé, declarándolos hereges relapsos, y como tales excomulgados, privados de todos sus dominios é incapaces así como sus descendientes de suceder á ninguna soberanía y determinadamente á la corona de Francia, con mandato de que nadie los reconociese por soberanos, ni los obedeciese. El parlamento de Paris se resistió á la publicacion de esta bula, y el rey de Navarra respondió á ella por una protesta en que no omitia ninguna de las injurias tan comunes en boca de los sectarios cuando hablan del Papa, y le trataba de herege y Anticristo. En vano intentó Enrique III diversas veces persuadir á aquel príncipe que volviera al gremio de la Iglesia: lo único que ganó con estas diligencias, fué hacerse mas sospechoso á los coligados, los cuales en breve no guardaron consideracion alguna. El monarca creyó quitar todo pretexto á las quejas de éstos, dando mas activo impulso á la guerra contra los hereges; pero en vez de poner al duque de Guisa á la cabeza de un fuerte ejército, enviado contra el de Navarra, dió el mando á su favorito el duque de Joyeuse, el cual perdió la batalla de Coutras en Octubre de 1587. Desde entonces la liga resolvió no contar mas que con sus propias fuerzas. El duque de Guisa, que acababa de rechazar las tropas alemanas llamadas por los hereges, llegó á Paris en Mayo de 1588, y fué recibido por el pueblo con extraordinarias aclamaciones. Pidió al rey una declaracion formal á favor de la liga, la separacion de los favoritos, la destitucion de todos los gobernadores sospechosos, la publicacion

del concilio tridentino y la guerra á muerte contra los hereges hasta reducirlos enteramente. El rey, poco dispuesto á otorgar estas peticiones, llamó á Paris una division de cuatro mil suizos que estaban acuartelados en las inmediaciones; mas el pueblo tomó las armas, construyó atrincheramientos y acometió á los suizos, de los cuales perecieron ó quedaron heridos muchos. Fué menester recurrir al duque de Guisa para apaciguar la sedicion. Inmediatamente huyó el rey y se marchó á Chartres, á donde le enviaron los parisienses varias diputaciones para que volviera. A la cabeza de la primera iba Fray Angel de Joyeuse, que habia abandonado la corte para tomar el hábito de capuchino; era hermano del duque del mismo título, muerto en la batalla de Contras. El religioso discurrió presentarse bajo la figura del Salvador al tiempo de salir al Calvario, y así cargó con una cruz á cuestas, se puso una corona de espinas en la cabeza, hizo que le maniataran, y caminó entre varios satélites que le daban fuertes azotes en las espaldas. Todos los demas diputados llevaban el traje de penitentes. Al fin, despues de muchas negociaciones entre la reina madre y el duque de Guisa, se ajustó una transaccion en el mes de Julio, mediante el famoso edicto de union, por el cual prometia Enrique III, con juramento, hacer la guerra á los hereges del reino hasta destruirlos del todo, se declaraba gefe de una nueva liga y ordenaba á todos sus vasallos que se unieran á él, y juraran por escrito no reconocer jamas por rey un principe herege ó fautor de la heregia. Por entonces expidió Sixto V un breve dirigido al duque de Guisa y al cardenal de Borbon, alabando el celo de estos señores por la religion y comparándolos á los Macabeos.

Los Estados generales fueron convocados en Blois en el mes de Octubre de 1588, y en ellos se confirmó y declaró ley fundamental del reino el edicto de union. El rey y todos los diputados juraron observarle; de suerte, que este edicto vino á ser una carta ó fuero sancionado por el concurso de la autoridad real y de la voluntad de la nacion. Mas antes de concluirse los Estados, fué asesinado el duque de Guisa el dia 23 de Diciembre por orden del rey, cuando iba á entrar al consejo, y su hermano, el cardenal del mismo nombre, preso en aquel instante, fué muerto al dia siguiente. Estos dos asesinatos, junto con la prision del cardenal de Borbon y del arzobispo de Leon, levantaron casi todo el reino contra Enrique III. Paris y las ciudades principales, se rebelaron; el consejo de los diez y seis mandó encerrar en la Bastilla á Aquiles de Harlay, primer presidente del parlamento, y á algunos otros magistrados de éste, de quienes desconfiaba; fué declarado lugarteniente general del reino el duque de Mayenna, hermano del duque de Guisa; y la facultad de teologia de Paris, respondiendo á una consulta de los caudillos de la liga, decidió el 7 de Enero de 1589, en junta de setenta doctores, que los franceses estaban absueltos del juramento de fidei-

dad á Enrique III, y que podian con seguridad de conciencia coligarse y tomar las armas para defender la religion contra los avisos intentos de aquel rey perjurto; y añadió, que esta decision se enviaria al Papa, suplicándole que la confirmase y acudiese en auxilio de la Iglesia de Francia. Por último, muchos predicadores censuraron violentamente en sus sermones la conducta de Enrique III. Este publicó algunas apologias, trasladó el parlamento á Tours, y en breve se vió reducido á ajustar alianza con el rey de Navarra. Ademas, envió sin demora embajadores á Roma para justificarse y pedir la absolucion de las censuras. Sixto V nombró una comision que examinara este asunto, y despues publicó un monitorio ordenando á Enrique III, pena de excomunion, que restituyera la libertad al cardenal de Borbon y al arzobispo de Leon, y que compareciese en Roma personalmente ó por medio de procurador en el término de dos meses. Mas Enrique III no hizo caso de este monitorio, y algunos prelados cortesanos le dijeron que la independencia de su corona le libraba de la excomunion.

Reunidas sus tropas, fueron entrambos monarcas, el de Francia y el de Navarra, á poner sitio á la ciudad de Paris, donde los coligados no tenian mas que un puñado de gente. Entonces, un fraile dominico, llamado Santiago Clement, concibió el execrable proyecto de asesinar á Enrique III. Habiendo sacado cartas de recomendacion de algunos realistas, logró llegar hasta la presencia del rey so color de hablarle de negocios importantes, y le clavó un puñal en el vientre. Enrique murió al dia siguiente, 2 de Agosto de 1589. Como el asesino fué despedazado en el acto, algunos coligados fanáticos quisieron hacerle pasar por mártir; pero injustamente se ha imputado á Sixto V la apologia de aquel: esta calumnia se halla refutada en un escrito contemporáneo que publicó contra la liga el abogado general Servin.

Muerto Enrique III, el de Navarra tomó el título de rey de Francia con el nombre de Enrique IV. Algunos señores católicos de la corte y del ejército real, se apresuraron á reconocerle: los mas no se determinaron á ello sino imponiéndole la condicion de instruirse en la religion y volver al gremio de la Iglesia; y por fin, otros se retiraron con parte de las tropas gritando: "Antes morir, que tener un rey hugonote." Esta desercion obligó al de Navarra á levantar el sitio. Los coligados por su lado proclamaron rey al anciano cardenal de Borbon con el nombre de Carlos X; pero apenas sobrevivió diez meses. Entre tanto, Enrique IV obtuvo algunas ventajas sobre las tropas de la liga, tomó muchas ciudades, ganó la batalla de Ivry en el mes de Marzo de 1590, y fué á sitiar á Paris, donde se sintió en breve el hambre é hizo horribles estragos. Solianse encontrar en un solo dia hasta doscientas personas muertas en las calles. El pueblo sufrió esta calamidad casi sin quejarse; y para mantener su entusiasmo, se discurrió hacer una procesion ge-

neral á que concurrieron multitud de clérigos y frailes con un crucifijo en una mano y una alabarda en la otra. También asistió á esta procesion el cardenal Cayetano, que Sixto V acababa de enviar como legado á Francia. La facultad de teología habia dado una decision con fecha 7 de Mayo, declarando que no se podia en conciencia reconocer por rey á Enrique de Navarra aun cuando hiciera abjuracion; porque habia un peligro evidente de disimulo y perfidia por parte de un herege relapso, y este era el asunto ordinario de los sermones predicados al pueblo por los partidarios mas ardentés de la liga, entre quienes descollaban Guillermo Rosa, obispo de Senlis, y el sábio Genebrado, arzobispo de Aix. Por fin llegó un socorro de tropas españolas al mando del duque de Parma, y tuvo Enrique que levantar el sitio.

Sixto V queria al parecer, esperar el efecto de la condicion impuesta al rey de Navarra por los señores católicos, cuando murió el 27 de Agosto de 1590, con la fama de un gran Papa y un gran príncipe. El 15 de Septiembre le sucedió el cardenal Castagna, noble genovés, con el nombre de Urbano VII; pero murió á los trece dias siendo universalmente sentido. En 5 de Diciembre fué elegido el cardenal Nicolás Sfondato, recomendable por sus virtudes, que tomó el nombre de Gregorio XIV. Informado el nuevo Papa de que parte de los realistas empezaban á quejarse de la lentitud del rey en cumplir su promesa, se declaró abiertamente á favor de la liga. Primero dirigió al nuncio apostólico en Francia, un breve por el cual recomendaba la eleccion de un rey católico, y luego envió auxilios de gente y dinero á los coligados, y mandó publicar en dicho reino un monitorio, en que declaraba á Enrique de Borbon excomulgado y relapso, y como tal destituido de sus derechos á la corona; y ordenaba abandonar su partido á todos los eclesiásticos, pena de excomunion y privacion de beneficio. El parlamento de Tours y la sala de Chalons, que hacia parte de él, decretaron que dicho monitorio fuese quemado públicamente, prohibiendo con penas rigurosas publicarle, y dieron auto de prison contra el nuncio portador de él. También se reunieron en Nantes algunos preladados para protestar contra las letras pontificias, declarándolas subrepticias y nulas en la esencia y la forma. Mas fueron publicadas de orden del parlamento de Paris, que casó y mandó rasgar las providencias de Tours y Chalons. Con esta ocasion renovó el rey, por una declaracion pública, la promesa de instruirse en la religion católica y protegerla. Sin embargo, revocó el edicto de union confirmado por los Estados generales del reino, y restableció en su vigor los edictos de Poitiers y Nerac en favor de los calvinistas. Gregorio XIV falleció el 15 de Octubre de 1591, á los diez meses de pontificado, y en 29 del mismo le sucedió Juan Antonio Fachineti, que tomó el nombre de Inocencio IX y murió el 30 de Diciembre siguiente. En su lugar fué elegido, en 29 de Enero de 1592,

el cardenal Aldobrandino, que se llamó Clemente VIII. Ocupó la silla apostólica mas de trece años, y manifestó en muchas bulas su celo por la reforma de los abusos y la conservacion de la disciplina. Temiendo por la suerte futura de la religion en Francia, envió sin tardanza una bula al cardenal de Placencia, legado de la Santa Sede, recomendándole que se procediera á la eleccion de un rey sinceramente adicto á la religion católica. Esta bula se registró en el parlamento de Paris; pero la sala de Chalons la condenó por una providencia semeiante á la que habia dado respecto del monitorio. Como habia muchos obispados vacantes y no podia esperarse que el Papa diese la instuncion canónica á los sugetos nombrados por un príncipe herege, decretó Enrique IV que la confiriere el metropolitano; pero este decreto quedó sin cumplimiento. A pesar de estas medidas no dejaba el rey de manifestar deseos de reconciliacion con la Santa Sede, á cuyo efecto recurrió á la mediacion de la república de Venecia y del duque de Toscana, y envió á Roma en nombre de los realistas católicos al cardenal de Gondi, obispo de Paris, que con dificultad consiguió audiencia del Papa. Al mismo tiempo, continuando la guerra con actividad, puso el cerco de Ruan despues de varias conquistas; mas tuvo que levantarle, y el parlamento de esta ciudad dió una providencia prohibiendo reconocer á Enrique y mandando observar el edicto de union. La ciudad y el parlamento de Tolosa, no menos adictos á la liga, pidieron para que mandara la provincia á Fray Angel de Joyeuse, religioso capuchino y hermano del arzobispo, Pásose Fray Angel á la cabeza de las tropas, por consejo de los principales coligados, despues de haber obtenido del Papa dispensa de los votos, y años adelante se volvió á su convento. El duque de Mayenna habia convocado á los Estados generales, que se reunieron en fin de Enero de 1593 y duraron muchos meses. Los embajadores españoles propusieron en ellos que se diera la corona á la infanta hija de Felipe II y de Isabel, hermana de Enrique III; mas los coligados rechazaron esta proposicion como contraria á la ley sálica, y despues de muchas intrigas y discusiones, concluyeron los Estados por suspender la eleccion del rey. Entonces fué cuando se publicó la sátira menipea, que ridiculizando la liga no contribuyó poco á desacreditarla. La conversion de Enrique IV cambió tambien la disposicion de los ánimos. Los católicos de su partido, instados por los manifestos del duque de Mayenna y del legado para concurrir á los Estados generales, á fin de deliberar en comun sobre las necesidades de la religion, solicitaron conferenciar para este objeto con los diputados de la liga. Comenzaron estas conferencias en Abril, y se tuvieron sucesivamente en Suresne y la Villette. El arzobispo de Bourges, á nombre de los realistas, pronunció un largo discurso para persuadir á los coligados, á que reconocieran á Enrique IV, y no dejó de insistir sobre las esperanzas que daba el rey de convertirse.

Mas el arzobispo de León respondió, que habiendo solamente prometido este príncipe instruírse en la religión y dando largas sin cesar, no podia fundarse ninguna esperanza en esta promesa vaga e ilusoria, hecha únicamente para entretener á los pueblos; que además, despues de tantas dilaciones, sobre todo por parte de un herege relapso que estaba todavía rodeado de ministros protestantes, siempre habria un justo motivo de poner en duda la sinceridad de su conversión y mirarla como un efecto de la política; por último, que estaba excomulgado por la Santa Sede, y que solo al Papa correspondia absolverle y decidir sobre un asunto tan importante para la religion. Durante estas negociaciones, los realistas dieron á entender á Enrique IV que no podia, sin exponer la corona, dilatar por mas tiempo el cumplimiento de su promesa. Empezó, pues, á recibir instrucciones del célebre Duperron, que luego fué cardenal, y á poco tiempo convocó una conferencia en San Dionisio, á la que convidó muchos doctores de Paris á mas de los obispos de su partido. Enrique hizo objeciones con su franqueza acostumbrada; mas reconoció y confesó la solidez de las respuestas; y como Duperron obligase á los ministros protestantes á convenir en que podia uno salvarse en la Iglesia romana, les dijo el rey que siendo así, dictaba la prudencia no vacilar un instante en tomar el partido mas seguro.

Por fin, el domingo 25 de Julio de 1593, hizo abjuracion solemne de la heregia en la iglesia de San Dionisio, delante de un gentío inmenso que habia acudido de Paris, á pesar de la prohibicion del duque de Mayenna y del legado, el cual habia publicado en vano una declaracion para recordar, que estando excomulgado Enrique IV por la Santa Sede á causa de su heregia, solo podia ser absuelto por la autoridad pontificia. El rey juró vivir y morir en el gremio de la Iglesia católica, y el arzobispo de Bourges le dió la absolucion de las censuras con la cláusula *salvo la autoridad de la Santa Sede*, y la obligacion de enviar una embajada al Papa para pedirle nueva absolucion; lo cual era reconocer implicitamente la insuficiencia de la que acababa de dársele. No obstante, se le consideró como verdaderamente absuelto. El rey oyó misa con mucha devocion, asistió á vísperas y luego pasó á la capilla de Montmartre á dar gracias á Dios por su conversión. Segun su promesa, envió sin tardanza una embajada solemne al Papa con una carta de su parte y otra de los obispos; mas el Pontífice, que queria antes de absolverle cerciorarse completamente de la sinceridad de la conversión, rehusó dar audiencia pública á los embajadores, y la cosa se trató en secreto por conducto del cardenal Toledo. Las quejas de los cardenales españoles obligaron tambien al Papa á declarar en pleno consistorio, que en un asunto tan interesante para la religion, juzgaba de absoluta necesidad no obrar precipitadamente.

Los coligados mas ardientes, y en particular el doctor Juan Boucher, se empeñaron en sus sermones en hacer sospechosa la conversión del rey, y defendieron que la absolucion de éste era nula, y que además, como relapso, habia perdido radicalmente los derechos á la corona; pero el pueblo se mostraba cada dia mas inclinado á la paz. Como la ciudad de Reims estaba en poder de los coligados, el rey se consagró en Chartres el dia 27 de Febrero de 1594, y prestó el juramento ordinario de mantener la fé católica y los derechos de la Iglesia. Para esta consagracion se envió á buscar la santa ampolla de Tours, que dicen trajo un ángel á San Martin para curarle de una herida. Entonces se apresuraron muchas ciudades á someterse, y el conde de Brissac, gobernador de Paris, la entregó en ausencia del duque de Mayenna. El rey entró en la capital el 22 de Marzo entre las aclamaciones del pueblo, y dijo al cardenal legado que podia quedarse; mas éste, viendo que se debilitaba la liga cada dia mas, determinó salir del reino. La universidad de Paris decidió por un acuerdo de 22 de Abril, que todos sus individuos prestaran juramento de fidelidad al rey, é imitaron su ejemplo todos los órdenes regulares, excepto los capuchinos, cartujos y jesuitas, que creian deber esperar la decision del Papa. Como esta resolucíon de los jesuitas podia hacerlos odiosos, la universidad, y las curas párrocos de Paris etablaron de nuevo el pleito contra ellos. Antonio Arnaldo abogó por la universidad; mas la causa se suspendió de nuevo, y los jesuitas quedaron provisionalmente en el ejercicio de su instituto; sin embargo, no gozaron mucho tiempo de esta facultad. A fines del mismo año, un fanático, llamado Juan Chatel, intentó asesinar al rey y le dió una puñalada que afortunadamente no le causó mas que una leve herida. El asesino declaró que habia estudiado tres años con los jesuitas y los habia oido decir que era lícito matar á los tiranos, de cualquier modo, en defensa de la religion; pero persistió siempre negativo en cuanto á que fuesen cómplices de su atentado. No por eso dejó de ser preso y puesto en el tormento el padre Gueret, que habia sido maestro de Chatel, y fué registrado escrupulosamente el colegio. Halláronse en el aposento del padre Guinard algunos escritos á favor de la liga, compuestos durante la guerra civil, y sin mas delito fué condenado á muerte con desprecio de la amnistia. Al mismo tiempo decretó el parlamento la expulsion de todos los jesuitas del reino, dándoles un breve plazo para salir, pena de la vida. Con motivo del atentado de Chatel, la facultad de teología de Paris condenó la doctrina del tiranicidio, y declaró ser obligatorio el obedecer al rey, y decir por él las preeces de costumbre, aunque no estuviere todavía reconocido por el Papa.

Entre tanto, Enrique repitió sus instancias en Roma para alcanzar la absolucion, y comunicó al Papa todas las diligencias que

practicaba para el restablecimiento general de la religion católica. Convencido entonces Clemente VIII de la sinceridad de la conversion, se mostró inclinado á recibir un embajador, y el rey envió á Duperron con órden de unirse á Ossat, el cual habia seguido hasta entonces la negociacion con mucha habilidad, aunque sin caracter oficial. Ambos presentaron en nombre del rey una súplica, en que exponian el triste estado de la Iglesia de Francia, el peligro de la cisma y las ventajas que debia traer á la religion la pronta terminacion de este asunto. A fin de implorar las luces del cielo, el Papa dispuso rogativas públicas y procesiones, á las que asistió descalzo y con los ojos arrasados en lágrimas; despues tomó el parecer de cada cardenal en particular, y habiendo opinado los mas por la absolucion del rey, trató con los negociadores para concertar las condiciones. Versaron éstas sobre los intereses de la religion y la penitencia que se habia de imponer al monarca, á quien se hizo prometer en especial que restableceria la religion católica en el Bearn, revocaria todas las dádivas hechas á expensas de la Iglesia, proveeria los beneficios en personas no sospechosas, notificaria su conversion á todos los príncipes católicos y se confesaria y comulgaria públicamente cuatro veces al año por lo menos. En fin, el día 17 de Setiembre de 1595, se presentaron Duperron y Ossat delante del Papa á la puerta de la iglesia de San Pedro, donde hicieron abjuracion en nombre del rey, se arrojaron y recibieron en señal de penitencia pública unos golpes con unas varillas, mientras se rezaba el salmo *Miserere*. En seguida, el Papa pronunció la fórmula de absolucion, y al punto començaron las fiestas públicas en la ciudad. Inmediatamente que finó absuelto el rey, prestaron sumision el duque de Mayenna y demas caudillos de la liga. Continuó la guerra con España por algun tiempo; mas habiendo mediado el cardenal de Médicis, legado de Clemente VIII en Francia, se ajustaron las paces el 2 de Mayo de 1598 por el tratado de Vervins. Pocos meses sobrevivió Felipe II al ajuste de la paz.

Como las disposiciones de los calvinistas hacian temer la repeticion de los disturbios, el rey publicó en Abril de este mismo año 1598 el famoso edicto de Nantes, que les otorgaba el libre ejercicio de su religion en los lugares especificados, y el derecho de tener ministros asalariados y celebrar sinodos; pero con la condicion de conformarse en cuanto á la policia exterior con las leyes de la Iglesia, no trabajar los días festivos, pagar los diezmos y observar los impedimentos del matrimonio, prohibiéndoles rigurosamente turbar de ningun modo las ceremonias católicas. Ademas, se les declaraba capaces de obtener todos los empleos, y se les concedia en cada parlamento una sala compuesta por mitad de católicos y protestantes para juzgar sus pleitos. Finó menester una órden abso-

luta reiterada muchas veces, para que el parlamento registrara este edicto. En vano hizo esfuerzos el clero para impedirlo con su oposicion. En el mismo año repitió sus instancias para la publicacion del concilio tridentino, el restablecimiento de las elecciones canónicas y la reforma de los abusos en el empleo de los bienes eclesiásticos, que se prodigaban á los seculares por medio de encomiendas ó pensiones sobre los beneficios: el rey pagó al clero con buenas palabras, que no tuvieron ningun efecto. Los Estados generales de la liga habian recibido y publicado el concilio de Trento; pero el Papa habia exigido al rey la promesa de procurar una publicacion mas auténtica.

En el año 1590, durante las turbulencias de la liga, tuvo el cardenal de Joyeuse, arzobispo de Tolosa, un concilio provincial, en que se hicieron muchos cánones para poner en vigor la disciplina del tridentino. Para el mismo objeto, se publicaron algunos estatutos en el concilio de Aviñon de 1594 y en el de Aquileya de 1596. El arzobispo de Goa en la India tuvo otro concilio el año 1599 en Diamper, para condenar á los nestorianos establecidos en aquellas regiones. En los últimos años del siglo XVI, se reformaron varias órdenes antiguas y nacieron algunas congregaciones nuevas; es á saber, los agustinos y los trinitarios descalzos, que á la austeridad de su regla primitiva, juntaban las observancias de las órdenes mendicantes. Estas dos reformas principiaron en España, desde donde se propagaron bien pronto por los mas de los reinos cristianos. En 1592, César de Bus, canónigo de Cavaillon, fundó la congregacion de la doctrina cristiana para enseñársela al pueblo en pláticas familiares; tambien echó los cimientos del instituto de las ursulinas, destinadas á la educacion de las niñas. De allí á poco tiempo empezó la tercera órden de penitencia de San Francisco, diferente de la antigua confraternidad del mismo nombre, debiendo su origen á un religioso de Paris, llamado Vicente Mussart. En breve tuvo en Francia mas de sesenta conventos, siendo la casa matriz la de Picpus en el arrabal de San Antonio; y en Italia se extendió tanto, que se dividió en diez y seis provincias, sujetas á un general residente en Roma. Mas en Francia dependian éstos religiosos del de los observantes.

La congregacion del Oratorio que cada día crecia mas, eligió en su primer capitulo de 1687, por superior general y perpetuo á San Felipe Neri su fundador; pero éste renunció á los cinco años y murió en el de 1595. Poco antes habia fallecido á la edad de veintitres San Luis Gonzaga, cuyas eminentes virtudes resplandecieron de un modo tan extraordinario en el siglo y luego en la Compañia de Jesus.

A esta época corresponde la muerte del venerable Fray Luis de Granada, dominico español, ocurrida el último dia del año 1584. Excusado es decir nada de un varon tan famoso en el orbe cristia-

no y en el literario por su santidad, doctrina y ciencia. Dejó escritas muchas obras, todas excelentes y tratadas en un estilo y lenguaje inimitable, siendo dignas de particular mención la *Guía de pecadores*, el *Símbolo de la fe*, y la *Oración y meditación*. En 1596 murió Francisco Toledo, buen teólogo y gran predicador de la Compañía de Jesús, siendo el primer religioso de esta órden que obtuvo el capelo.



LIBRO XLIII.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVII, HASTA EL ORIGEN DEL Jansenismo.

DE 1600 A 1640.

El siglo XVII debe sin disputa considerarse como una de las épocas mas brillantes de la historia de la Iglesia, ya por la importancia de los acontecimientos religiosos, ya por las obras maestras producidas en él a influjo de la inspiracion cristiana. Nótese en él por una parte, lo que mas admira y resplandece en los triunfos de la fé, el denuedo de los mártires, los infatigables afanes y conquistas gloriosas del apostolado, los prodigios del celo y de la caridad, las austeridades, la vida monacal, la reforma de las antiguas comunidades religiosas, y una muchedumbre de instituciones nuevas destinadas á difundir la piedad entre los fieles, ó á reanimar en el clero las virtudes sacerdotales. Por otro lado, quizá no hubo jamas un siglo que produjese mayor número de hombres sobresalientes en talento, ni obras mas señaladas bajo el respecto del ingenio ó de la erudicion. La teología, la filosofía, la elocuencia, la historia, la critica, la controversia, el derecho canónico, la exposicion de la Sagrada Escritura; en una palabra, todas las ciencias eclesiásticas se cultivaron con asombro, esplendor y un fruto incomparable. De muy atrás venian preparando las circunstancias estos brillantes resultados. Ya hemos visto los desvelos de San Carlos Borromeo para la restauracion de la disciplina, los concilios reunidos en diferentes lugares para el mismo objeto, las reformas introducidas de medio siglo á esta parte en varias órdenes religiosos, y las virtudes eminentes de que tantos y tan maravillosos modelos ofrecian por aquella época todas las edades y estados. San Luis Gonzaga habia dado de mano á todas las grandezas del siglo por vestir el hábito de San Ignacio en la Compañía de Jesús, donde así como en el mundo, fué admirable por su fervor y austeridades: murió víctima de su caridad y celo, de resultas de una enfermedad epidémica, que contrajo asistiendo á los enfermos de un hospital el año de 1591 en la flor de su edad. San Félix de Cantaliccio y San Pascual Bailon, que murieron por entonces, habian dado ejemplo de la perfeccion religiosa en el humilde estado de legos, el primero, de los capuchinos de Italia, y el segundo, de los franciscanos descalzos de España. Las ciencias eclesiásticas hacian tambien nuevos progresos de dia en dia. El venerable Juan de Avila, llamado el apóstol de Andalucía y muerto en el año 1569, y Luis Blosio ó de Blois, abad de un monasterio de benedictinos en los